



Ayuntamiento de
Valladolid

Manifiesto de Alfredo Corell Almuzara

“REIVINDICANDO LA DIVERSIDAD: POR LOS DERECHOS LGBTI”

¡Buenos días, queridos amigos, amigas, vecinos, vecinas, todes! Mi primera palabra, en un día como el de hoy, tiene que ver con las gracias, GRACIAS en mayúsculas. Gracias, porque me siento querido por esta ciudad. Y también me siento orgulloso, muy orgulloso. El otro sentimiento que me embarga, además de la gratitud y el orgullo... es el pudor. Creo que muchos y muchas de quienes estáis aquí presentes —a buen seguro— habéis hecho mucho más por el colectivo LGTBiq que yo.

He sido siempre muy “hacia dentro”, al menos en lo de mi identidad sexual. De hecho, conseguí perdonarme a mí mismo por ser como era cuando cumplí los 33 años. Las cosas no fueron rodadas ni fáciles, ni en Madrid -mi ciudad natal- ni el Valladolid, donde vivo desde hace ya 21 años. Y no puedo quejarme mucho, porque en el fondo soy un privilegiado. Hay todavía —lo tenemos muy cerca— oímos hablar de personas agredidas, humilladas, juzgadas e incluso asesinadas por ser y amar de una manera diferente a la convencional. Es increíble que según la ONU, todavía más de 65 países aún criminalicen a personas LGTBi. 2000 millones de personas viven situaciones de violencia y discriminación intolerables.

En estos años he tratado de aportar mi granito personal para conseguir un mundo más tolerante: he recibido y escuchado a estudiantes que se sentían diferentes; a quienes intenté ayudar para que entendiesen que no lo eran, que ser diferente no era malo ni era una enfermedad. Abrí mi casa a un amigo cuyos padres le habían sometido a un exorcismo cuando les confesó que era homosexual. Pero, sobre todo, me siento especialmente orgulloso por haber conseguido dos votos a favor del matrimonio igualitario en Australia.

También me sentí orgulloso, dando un paso un poco más valiente al amparo de las redes sociales. Con motivo de la campaña #MeQueer, a la estela del #Metoo, hice un repaso de las peores ofensas y agresiones de las que había sido objeto en mi entorno laboral por ser gay. Aunque ofendieron poco, ... algunas dolieron mucho. Os las resumo:

- Hubo un año en que los estudiantes me votaron para aparecer en la #oria entre los profesores más queridos, y el delegado de clase, de modo unilateral, me vetó por ser #gay.
- Hace ahora 5 años, quien fuera director de mi departamento, tuvo que autorizar mis vacaciones de boda. Y no tuvo ni una palabra, ni me felicitó, ni me dio la enhorabuena acompañando al permiso.
- Hace apenas 3 años, un colega me presentó a una autoridad sanitaria refiriéndose a mí con la frase lapidaria: “es buena persona, aunque sea #homosexual”
- Y más recientemente, para criticar una decisión mía, un estudiante gay, se refirió a mí como #esamariconaloca

Con todo, mi salida total del armario en Valladolid se produjo hace apenas un par de años. Aparecieron en la universidad unas octavillas pretendiendo difamarme con la leyenda “Corell maricón y socialista”. Todavía hoy no sabemos si fueron compañeros o estudiantes; fuera quien fuera, fue igual de doloroso, igual de intolerante. Lo hiciera quien lo hiciera, fue reiterado, premeditado y creado con inquina. Yo me enteré tarde de los hechos, porque en mi entorno se hizo un silencio cómplice. Retiraban los papeles como si por limpiarlos y ocultarlos... se terminara con el odio. Y no sé qué fue más sorprendente... si descubrir lo que había pasado, o realizar una denuncia pública de los hechos. La denuncia desató ríos de respuestas por teléfono, correo, redes sociales y

medios de comunicación. Me pararon personas por la calle para interesarse por mí. ¡Abrumador! Una querida amiga escribía así en un periódico: “Alfredo Corell puede denunciar por delito de odio. Puede levantar debate en las redes. Puede recibir el apoyo de todos los que lo conocemos y los que no. E incluso conseguir que las personas que ahora lean este artículo tomen conciencia. Porque no podemos cerrar los ojos. La homosexualidad es esa condición permitida si eres diseñador, o presentadora de televisión. Pero en cuanto nos toca cerca, en cuanto el homosexual es el profesor, ahí no. Ahí te toca ser maricón y socialista”.

En estos últimos meses, y hallándome ahora en el foco de comunicación científica de la COVID-19, los ataques se han redoblado por email, por redes sociales. El detenido negacionista conocido en twitter como “Doctor Papaya” dijo, textualmente, que “ya era hora de insultar (refiriéndose a mí) a ese masón mariconazo. ¡Y es inmunólogo! Y quiere que no nos besemos ni abracemos. Menudo asustaviejas. Luego seguro que pone su culo apestoso para que su novio le de bien...” Hace apenas 1 semana una señora me decía por Instagram “otro izquierdoso y sectario. Bueno, como Jorge Javier Vázquez: homosexual, rojo, etc. “. Pero no os quiero aburrir, son tan solo unas muestras de lo que leo cada día en mis redes.

Llegados a este punto necesito confesar que estoy orgulloso de mi marido, mi compañero y amigo. Me ha acompañado en muchos de los ratos difíciles de esta vida que, como “diferentes”, hemos vivido: desde aquel día en que les confesé mi gran secreto a la familia... hasta, cuando decidimos, tras mucho meditarlo que no, que con esos burdos papeles no nos iban a callar. De esto último, de haberlo denunciado, nos sentimos muy orgullosos.

¿Habrá algún día una salida para esta situación? Sin duda. La fundamental es la educación; una de mis orgullosas pasiones. La educación debería ocupar el primer lugar de las noticias nacionales, regionales y locales, todos y cada uno de los días del año. La educación de un país es su bien máspreciado... su futuro. El mejor antidoto contra la intolerancia es, sin duda, una buena educación. No podemos poner en peligro los logros sociales de los últimos 45 años. Tenemos que educar en la tolerancia y en el respeto, en la libertad y la convivencia entre diferentes.

Otro de mis orgullos —ya lo sabéis— es la Inmunología, mi campo de trabajo. He dicho muchas veces que, si la sociedad aprendiera “Inmunología social”, nos iría mucho mejor. Y necesitamos inmunología social frente a los neofascismos que gritan “A por ellos” y sitúan como enemigo el libre pensamiento, las ideas, la libertad, el feminismo, o a las personas LGTBiQ... Ante ellos solo nos cabe fabricar “anticuerpos”, de modo muy preciso y selectivo. Todos unidos. Ir reduciendo pacífica y progresivamente ese cáncer hasta que, finalmente, desaparezca. Porque hasta que no desaparezca, necesitaremos seguir celebrando el Orgullo.

Se han cumplido 52 años de aquel mítico Stonewall, cuando los homosexuales neoyorkinos decidieron no dejarse humillar ni una sola noche más por la policía que les sometía a desalojos, redadas y detenciones. En 1970 organizarían la primera marcha del orgullo... gracias a ellos aquí estamos, más de medio siglo después. Hay gente próxima que me pregunta el porqué de esta reivindicación. Y mi respuesta es siempre la misma: dame un ejemplo de alguien a quien hayan insultado, humillado, maltratado o matado por ser heterosexual. La respuesta es siempre el silencio. Pero es que hace tan solo 31 años que la homosexualidad dejó de considerarse una enfermedad psiquiátrica por parte de la OMS. Y tan solo 3 desde que esta misma organización dejara de considerar la transexualidad como un trastorno mental. Imaginad la de generaciones enteras de psiquiatras, terapeutas, psicólogos, etc que estudiaron estas mal llamadas patologías y se esmeraron en “curar” y “corregir” a estas personas... ¡Hay que desaprender todo lo aprendido! ¡Nos queda muchos por recorrer! Y en estos días estamos celebrando que finalmente la tan necesaria “Ley Trans” verá finalmente la luz.

En el último informe de la OMS ya se habla de que la diversidad humana no encaja con lo binario (macho y hembra) ni tampoco con esa creciente e interminable colección de etiquetas LGTBiQ+. Una de mis utopías es soñar con un mundo que goza de una salud sexual amplia, donde nadie sea categorizado por su género o por su identidad ni orientación sexual. Personas diversas con diversidad de género, eso es lo que somos. Hasta que esto suceda plenamente, tenemos que seguir luchando por la igualdad total. Todos tenemos ganas de que llegue ese día en que no haya nada que reivindicar, porque eso significará que todos seremos tratados iguales, seamos como seamos y amemos a quienes amemos. Por desgracia... ese día aún no ha llegado. Así que, como decía mi querido Profesor Keating: “no olviden que a pesar de todo lo que les digan, las palabras y las ideas pueden cambiar el mundo (...).”

Gracias por brindarme esta oportunidad y ¡Feliz día del Orgullo, Valladolid!